

# ***Entre la exclusión y la reconstrucción. América Latina después de 1992***

Von Haldenwang, Christian

---

**Christian von Haldenwang:** Político alemán. Investiga actualmente el tema de la descentralización del Estado en Colombia y Argentina. El autor agradece a Norbert Lechner sus comentarios a una versión previa de este ensayo; sin embargo, lo aquí expresado es de exclusiva responsabilidad del primero.

---

***Las conmemoraciones alternativas del Quinto Centenario ambicionan clarificar la celebración como el comienzo de un largo período de sujeción y explotación, lo cual sin embargo debe ser sólo un aspecto de la campaña: lo otro es la formulación de un proyecto político común que pueda servir como marco de acción para la descolonización de América Latina y la totalidad del así llamado Tercer Mundo***

Entre el 25 y el 27 de abril de 1991 tuvo lugar en Buenos Aires, Argentina, el Encuentro rioplatense por la emancipación e identidad de América Latina: 1492-1992. El nombre del evento hace referencia a una campaña mundial que nació en México, la cual cuestiona los festejos oficiales de los 500 años del denominado descubrimiento de América. Esos festejos, se afirma, celebran un encuentro de dos culturas mientras que en realidad la conquista fue un encontronazo y el comienzo de la larga historia de explotación y represión de los pueblos de América Latina.

En este contexto, se plantea que la represión y colonización de América Latina - y por ende también sus contrapartes, emancipación e identidad - afectan a toda la vida individual, social y política. De ello dependen la identidad cultural, la situación de los derechos humanos y sociales (educación, salud, vivienda, etc.), la tenencia de la tierra y de los recursos naturales y el grado de la dependencia o autodeterminación de los pueblos. Todos estos problemas están interrelacionados entre sí. Juntos constituyen el horizonte necesario para cualquier proyecto que apunta al cambio de la distribución actual del poder político y bienestar material.

A continuación se esbozan algunas reflexiones acerca de este planteamiento. Entendemos que emancipación e identidad en este contexto son conceptos que se ubican dentro de un espacio cultural - América Latina - y que presentan (o aspiran a

presentar) una cultura alternativa. Se trata aquí, ni más ni menos, de la construcción de homogeneidad en el marco de la heterogeneidad, de cohesión en el marco de la fragmentación, de sociedad en el marco de la atomización social, y finalmente, de un proyecto grande en el marco de la crisis universal de los 'grandes proyectos'.

Pero, ¿es viable este proyecto? La pregunta hace referencia a las posibilidades de crear nuevos espacios de participación e identificación en todos los niveles de la vida social.

### ***Imperialismo cultural vs. cultura popular***

El tema de la identidad cultural - o de la falta de ella se coloca muchas veces entre los polos de imperialismo cultural por un lado y cultura popular, por el otro. Ambas nociones interpretan diferentes aspectos de la cultura latinoamericana, pero lo hacen de una manera unívoca.

Imperialismo cultural se refiere normalmente al consumo de 'cultura' regulado por las grandes industrias transnacionales de cultura y por los medios de comunicación. Por lo tanto, el gran tema de este enfoque es la globalización de pautas culturales en el sentido de una imposición de identidades. Se destaca la importancia de las estructuras internacionales de poder (económico y político) para la reproducción cultural de las sociedades dependientes. Sin embargo, esta perspectiva reduce indebidamente la complejidad del asunto, dejando de lado aspectos como el origen y las condiciones internas de cambio del orden social. Casi nunca se toca el problema de la relación entre la marginalidad social y la cultura cotidiana de la gente.

Cultura popular, por su parte, enfatiza la diversidad y autonomía de los diferentes espacios culturales. Destaca la autenticidad de las culturas indígenas y su contribución (real o potencial) a la identidad latinoamericana. Hace referencia a formas autónomas de convivencia social, por ejemplo, en los cinturones de miseria de las grandes ciudades (México y Lima, entre otros). No obstante, al parecer esta noción tiende a subestimar la heterogeneidad de las situaciones de vida como característica fundamental de las sociedades latinoamericanas, igual que el carácter defensivo de muchas experiencias de cultura popular. Queda así al margen la importante pregunta de la constitución de este tipo de cultura.

De lo expuesto hasta aquí, surge la pregunta qué es lo que entendemos bajo cultura. Si optamos por un concepto amplio, cultura es la reproducción normativa y

simbólica de nuestro mundo. Ella determina nuestro acercamiento a la sociedad y al medio ambiente, constituyendo la base para el comportamiento y las identidades sociales de cada uno. Al hablar de cultura obrera, cultura política, cultura de derecho, etc., nos referimos a la reproducción de identidades sociales o de aspectos determinados de nuestro mundo.

Esta reproducción se efectúa bajo la relación contradictoria entre la globalización de pautas culturales, por un lado, y la heterogeneidad y autonomía de espacios culturales, por el otro.

La creciente diferenciación social aumenta la importancia de los mecanismos de comunicación e integración simbólica. Ambos conforman hoy en día poderosos sectores económicos (basta mencionar los medios masivos de comunicación y el deporte profesional) con la correspondiente internacionalización de sus mercados.

### ***Hegemonía cultural***

La globalización de las pautas culturales se articula por las grandes industrias de la cultura, pero en el fondo constituye una imposición hegemónica de prácticas sociales. Esta imposición implica un cambio profundo en las relaciones entre el Estado y la sociedad. La reproducción cultural vive un proceso de creciente desestatización e internacionalización. Al mismo tiempo, mantiene e incluso amplifica sus funciones de integración y legitimación frente al sistema político-administrativo. O sea, la legitimidad de este último depende en buena medida del funcionamiento de los mercados internacionales de reproducción cultural.

El Estado se ve reducido al papel de garantizar el funcionamiento de los mercados y el orden institucional. Los tradicionales y costosos regímenes de distribución y administración de recursos sufren duros procesos de ajuste. El resultado es una creciente polarización social mas no necesariamente una deslegitimación crítica, puesto que las tareas de integración simbólica y legitimación son asumidas (en parte) por los mercados. El ajuste institucional del aparato estatal implica al mismo tiempo una gigantesca redistribución de recursos de la cual se benefician los grandes capitales nacionales y transnacionales.

Este proceso reposa en un concepto de sociedad que gira alrededor del actor individual y del libre intercambio de valores. El Estado viene a garantizar el orden institucional, mas no la reproducción cultural: garantiza los derechos políticos (dentro de ciertos límites, por supuesto), pero no los derechos sociales de los ciudadanos.

De esta manera, se crea una cultura política que considera a las instituciones sociales y políticas en primera línea como instrumentos para la competencia de los intereses individuales que luchan entre sí bajo un régimen de reglas supervisadas por un Estado supuestamente neutral.

Existe por lo tanto una estrecha relación entre la globalización y diversificación de cultura, por un lado, y los procesos de ajuste de corte neoliberal, por el otro. Pero esta relación es de condicionamiento, no de determinación: las reformas de los Estados latinoamericanos se desarrollan bajo la influencia de una multitud de factores estructurales y procesales. Al mismo tiempo, la globalización de las pautas culturales tampoco es un proceso despersonalizado y natural. El alcance de su penetración social depende (entre otros) del desarrollo de los mercados, de la diversificación social, de la constelación de intereses políticos y de estructuras de poder. Ya hemos distinguido algunos mecanismos, los cuales se pueden resumir en tres puntos.

Primero, la integración en el sistema económico mundial. Como hemos visto, en este campo las decisiones afectan a la distribución de recursos y, en última instancia, al papel del Estado frente a la sociedad. El llamado proceso de ajuste conlleva reformas estatales que se basan en la privatización de la regulación societal. Formas alternativas de ajuste (p. ej. Nicaragua) se encuentran bloqueadas política y económicamente.

Una segunda dimensión resulta de la hegemonía política a nivel nacional e internacional. Aquí se trata de la decisión sobre cuáles formas de cultura política son aceptadas y cuáles rechazadas. El rechazo no siempre se manifiesta en una intervención militar o de represión abierta. Puede concretarse como proceso de integración controlada. Por ejemplo, es común que grupos vecinales sean reconocidos y apoyados por el Estado puesto que constituyen una manera económica de prestar servicios de primera necesidad. Ellos cumplen una función en el marco del desmonte de la regulación estatal y por ende, pueden tener un efecto estabilizador en términos políticos, siempre que no se coordinen entre sí y formulen demandas más trascendentales.

Una tercera dimensión se abre por la oferta de integración simbólica. Ya mencionamos que la propagación de pautas universales de consumo a través de los medios masivos de comunicación es un instrumento poderoso de integración, sugiriendo la participación del individuo en la civilización occidental y en el progreso tecnológico. Además, las grandes industrias de la cultura (sobre todo, de películas y música)

ca) nos abastecen con interpretaciones limitadas de los conflictos sociales. Un buen ejemplo en este contexto es la presentación del tema del tráfico y consumo de drogas por la industria cinematográfica estadounidense, enfocada hacia el narcotraficante latino (moreno, sádico, amenazante) como el malo de moda. Otro ejemplo es la presentación de la violencia como medio legítimo para la solución de conflictos. La individualización de conflictos sociales y la ausencia de redes de solidaridad social, como imágenes artísticas, constituyen a la vez interpretaciones (a menudo simplificadoras) de la realidad y mecanismos de integración cultural.

Sin embargo, la imposición hegemónica de cultura es un proceso sumamente contradictorio. Esto se debe al gran número de conflictos (nacionales e internacionales) por la distribución de los recursos políticos y económicos. Pero sobre todo se debe a la colisión de un modelo de integración controlada y parcial con la demanda de plena reconstrucción cultural de la sociedad.

### ***Marginalidad y cotidianidad***

Una creciente parte de la población mundial vive hoy en día en un estado de marginalidad social y política. Más allá del problema de los derechos sociales, esta situación causa una inseguridad fundamental con respecto a las condiciones de vida de cada uno de los afectados. Asegurar la sobrevivencia se vuelve el objetivo primordial de los actores sociales.

Esto lleva a que grandes sectores de la población vivan en un orden social cuya reproducción cultural ya no está asegurada: violencia, aislamiento, falta de solidaridad y humillación son aspectos característicos de esta cotidianidad, que se ve reforzada y justificada por las políticas de ajuste y el concepto neoliberal de sociedad.

En este contexto, las mencionadas experiencias autónomas de reconstrucción cultural pueden adquirir una función importante, aunque siempre limitada. En las grandes ciudades del continente se han creado organizaciones locales de auto-ayuda, empezando por jardines infantiles y ollas comunitarias, pasando por proyectos de población y construcción, hasta la participación directa en la planeación del desarrollo urbano y social.

Muchas veces, estas acciones constituyen un primer paso en la reconstrucción de la sociedad local. Sin embargo, son necesariamente limitadas: normalmente su impacto es puntual, confinado a ciertos aspectos de la vida local. Aun cuando se logren importantes mejoramientos en estos campos de acción, fomentando de esta manera

una cultura alternativa (de regulación de conflictos, de participación política, de solidaridad social), esto no necesariamente afectará a otros aspectos de la vida cotidiana. De manera similar, su efecto siempre será primordialmente local, con poca repercusión a nivel nacional. No obstante, de este último nivel vienen impulsos decisivos para la reproducción cultural, a pesar de los procesos descritos de globalización y diversificación.

Una pregunta clave surge de esta observación: ¿pueden interrelacionarse las experiencias de reconstrucción cultural de tal manera que produzcan modificaciones en la cultura política y social a nivel nacional e incluso internacional? Parece obvio que la internacionalización de los mercados y la heterogeneidad de los espacios culturales dificultan este tipo de cambios desde abajo hacia arriba. Tampoco parece cierto que proyectos locales de reconstrucción cultural se difundan por medio de procesos de aprendizaje automáticos. Es más, el Estado busca la integración controlada (si no el desmonte) de las diversas formas de reconstrucción cultural por medio de dos mecanismos básicos, uno más bien coyuntural, el otro estructural. Veamos:

El primer mecanismo se caracteriza por la creación de relaciones particulares entre diferentes organizaciones locales y el aparato estatal. Pueden funcionar como intermediarios, partidos políticos, sindicatos, organizaciones campesinas o instituciones locales del Estado. Lo fundamental es que las organizaciones locales se ven integradas de manera individual y muchas veces asumen funciones cuasiestatales en la provisión de determinados servicios sociales.

Aparentemente, esta relación trae ventajas para ambas partes: la organización local recibe apoyo financiero o administrativo para el desarrollo de sus actividades. A veces, sus dirigentes se ven premiados con puestos políticos o burocráticos. Las élites políticas, por su parte, pueden ejercer mayor control (por lo menos indirecto) sobre su clientela social, cuya articulación política fragmentan al mismo tiempo. Además, pueden prestar servicios básicos a bajos costos organizativos y financieros.

Al mismo tiempo, los efectos sobre la cultura política y social son más bien limitados. En el mejor de los casos, la organización local logra defender su proyecto de reconstrucción manteniendo una distancia crítica frente al Estado. La situación cambia si se logra una mayor coordinación entre las diferentes organizaciones autónomas. De todas maneras, aun en este caso, el Estado suele ser el primer interloco. Es posible que las demandas, la presión política y la base social crezcan y se

amplifiquen, pero la lógica y el peligro de la integración en el proyecto cultural de las élites nacionales siguen estando vigentes. Aparte de esto, hay una gran variedad de factores adicionales que dificultan la coordinación entre las organizaciones de base: intereses personales, diferentes enfoques ideológicos, falta de recursos y deficiencias organizativas, para nombrar los más importantes.

Nos damos cuenta de que la autonomía de la esfera de reproducción cultural frente al sistema político-administrativo depende de su base material. La privatización de la integración social exige la existencia de compradores. Donde no hay mercados por falta de recursos, la reconstrucción de la sociedad local sigue dependiendo del Estado.

He aquí dos fenómenos: por un lado, los grandes instrumentos de integración social (televisión, radio, educación básica) que llegan a la gran mayoría de los pueblos latinoamericanos y cuyos mensajes tienden a escaparse del control estatal. Por el otro lado, una cotidianidad social violenta y deformada, cuya reconstrucción no se logra por medio de la oferta de las industrias culturales y que reclama por lo tanto el apoyo logístico del Estado.

El Estado reacciona a esta demanda con una segunda forma de integración en el marco de las reformas en América Latina. Se trata de la descentralización política y administrativa, recomendada por el Banco Mundial y hoy en día discutida o implementada en casi todos los países latinoamericanos. Por medio de la descentralización, el nivel local (o regional) del aparato estatal recibe más competencias. Esto se combina a veces con la introducción de prácticas democráticas (básicamente, la elección de representantes políticos como alcaldes o gobernadores).

Este concepto se basa en el surgimiento de nuevos espacios políticos. Ya no se buscan relaciones particulares con las organizaciones locales, sino que se les ofrecen canales institucionalizados de participación. Esto significa por un lado que el Estado se expande: por sus aparatos locales regula más que antes. Simultáneamente, puede ahorrar recursos por el mejor acceso a formas locales de auto-ayuda. Por el otro lado, se observa una expansión de la cultura hegemónica hacia lo local, lo que contribuye a la legitimación y estabilización del orden político nacional. La mayor cercanía a los ciudadanos aumenta la flexibilidad del Estado frente a formas autónomas de articulación política. Al mismo tiempo, ofrece (al parecer, por lo menos) más posibilidades de participación y más transparencia en las decisiones que afectan directamente a la población local.

Un tema central de la descentralización es el énfasis en la autorresponsabilidad del individuo: la ciudadanía debe resolver los asuntos que le conciernen a ella. No se plantea el hecho de que grandes sectores sociales no tienen la capacidad de resolver sus asuntos debido a su marginación y a la insuficiencia de los canales de participación ofrecidos por el Estado. Mientras que las capas superiores de la sociedad pueden beneficiarse de la descentralización, las masas se encuentran formalmente integradas en un proyecto político y cultural, pero siguen siendo marginadas en términos de poder político, recursos materiales e integración social.

Con respecto a una cultura reconstructiva, la descentralización se muestra por ende como espada de doble filo. Lo que a primera vista se presenta como la posibilidad de reordenar las relaciones entre Estado y sociedad termina siendo un ensayo (aunque no siempre exitoso) por parte de las élites centrales de expandir y consolidar su control político. Al mismo tiempo, como cualquier reestructuración institucional, la descentralización trae y crea contradicciones que pueden ser aprovechadas (y desaprovechadas) para la propagación de una cultura alternativa de convivencia social.

### ***Algunas conclusiones***

Cualquier proyecto de reconstrucción social, sea local, nacional o internacional, debe tener en cuenta las condiciones preexistentes. En nuestro caso, hemos mencionado las siguientes: la reproducción cultural de las sociedades latinoamericanas está caracterizada por la globalización de las pautas y la heterogeneidad de los espacios culturales. Al mismo tiempo, observamos una creciente polarización social que hace que algunos sectores disminuyan su dependencia del Estado respecto a su reproducción cultural, mientras que otros mantengan o aumenten esta dependencia. Por lo tanto, sus proyectos de reconstrucción de la sociedad local perciben al Estado como interlocutor principal. Este por su parte acude a una amplia variedad de políticas de integración o represión con el fin de preservar la estabilidad del régimen.

Este cuadro muestra las dificultades que tiene que enfrentar cualquier proyecto político que aspire al cambio cultural en los diferentes niveles sociales. Sin embargo, hemos señalado también importantes contradicciones que emanan de los mismos procesos de reproducción cultural de las sociedades latinoamericanas. La inserción de América Latina en el sistema económico mundial condiciona la integración de todos sus sectores sociales, pero de diferentes maneras, agravando así la heterogeneidad social y cultural de estas sociedades.



Sería entonces más bien anacrónico plantear la necesidad y la posibilidad de llegar a un gran espacio homogéneo de cultura a nivel nacional o continental. Al contrario, debemos partir de lo local, siguiendo las experiencias políticas de los últimos años. En este sentido, es necesario y posible aspirar a la reconstrucción de la sociedad local.

¿Significa eso que tenemos que renunciar a un 'gran proyecto' de emancipación e identidad? Por supuesto que no. Pero debe ser un proyecto que tome en cuenta las condiciones nacionales y globales de la reproducción cultural local sin renunciar a su objetivo de reconstrucción. Un proyecto que parta del reconocimiento de la diversidad cultural de nuestras sociedades sin que termine justificando la heterogeneidad y la exclusión social. Un proyecto, finalmente, que reconozca a la sociedad local como espacio conflictivo sin renunciar a la crítica de la violencia social y de sus causas estructurales.

Dentro de este marco, parece primordial la tarea de fomentar el intercambio de experiencias, la discusión y la coordinación entre las diferentes organizaciones de base (y sus asociaciones). Esta es la función más importante de la campaña por la emancipación e identidad de América Latina. Es en este sentido que miramos a 1992 como una buena fecha para un nuevo proyecto de reconstrucción cultural.